

Reflexiones

Por Partiquino



24 Marzo 1979

Comunidades

LA revolución industrial que se produjo en el Siglo XIX, trajo muchas y buenas cosas a la humanidad. De ahí nace el desarrollo acelerado de la civilización contemporánea y la era del progreso tecnológico que estamos viendo.

Pero todo esto no se nos ha entregado gratis. Como precio, la humanidad ha debido pagar la destrucción sistemática de su entorno natural y el correspondiente daño ecológico, la opresiva y masiva vida en grandes centros de población urbanos y una organización de la sociedad que, cualquiera que sea el régimen económico y político que se elija, implica una fuerte dosis de enajenación.

Cuando los primeros efectos de la revolución industrial se principiaron a sentir, en todas partes del mundo aparecieron individualidades que patrocinaron el retorno a una vida en contacto con la naturaleza y organizada con simplicidad a base de la responsabilidad colectiva de sus integrantes. Eran esas ideas la concreción del anhelo de recuperar el paraíso perdido, olvidando que si se perdió el paraíso, por algo había sido.

No es de extrañar que los individuos que patrocinaron esta forma de vida que llamarían "comunidades" fueran principalmente intelectuales y artistas que, más sensitivos que el resto, advirtieran anticipadamente las situaciones conflictivas que, a la corta y a la larga, produciría la acelerada industrialización.

Entre nosotros, un grupo de escritores, inspirados en las enseñanzas y escritos de León Tolstoi, fundaron una comunidad de corta existencia, pero de largo recuerdo. Fernando Santiván, uno de los integrantes de la colonia, escribió un libro de sabrosos recuerdos, bajo el nombre de "Memorias de un tolstoiano". La idea de la comunidad en que participaron, entre otros, Augusto D'Halmir, Magallanes Moure y Pedro Prado, fue objeto de no pocas pullas y comentarios periodísticos irónicos considerándola una excentricidad de escritores del subdesarrollo. Sin embargo, en otras partes del mundo, coincidentemente, nombres señeros propiciaban la misma idea.

El inglés D. H. Lawrence, autor entre otros magníficos libros de "Mujeres enamoradas" y "El amante de Lady Cha-

terlay", propició en Inglaterra una idea semejante. En carta a uno de sus amigos escribió: "Pretendo juntar alrededor de veinte almas y fundar una pequeña colonia donde no habrá dinero, sino una especie de comunidad que vaya hasta donde las necesidades de la vida lo permitan. Será una colonia construida en base a la decencia y moralidad de cada uno de sus miembros".

La iniciativa de D. H. Lawrence, que involucraba nombres tan señeros como los de Aldous Huxley, Bertrand Russell y Katherine Mansfield, recibió de parte de la opinión pública inglesa, la misma esceptica y burlesca reacción que tuvo la iniciativa chilena. Más aún, la colonia inglesa nunca logró formarse, a diferencia de lo que sucedió entre nosotros.

El ideal de la comunidad, no se ha quedado, empero, en estas históricas iniciativas de locos intelectuales. En nuestros días, hacia el interior de California, siguen floreciendo algunas de estas agrupaciones que rechazan los placeres de la civilización por los más auténticos y menos sofisticados que les ofrece la naturaleza y donde se pretende la autosatisfacción de las necesidades del grupo con lo que ellos mismos producen.

Será difícil que la experiencia de la comunidad se extinga definitivamente, no obstante los reiterados fracasos de quienes la han intentado. Ella pertenece a un ideal del hombre que, asustado y amedrentado por los monstruos que él mismo ha creado —ciudades, grandes usinas, complicadas tecnologías y regimenes políticos de distintas extracciones— busca el reencuentro consigo mismo en el entorno que fue creado y utilizando sus manos y su cerebro en la satisfacción de las propias, reales y elementales necesidades que tiene para vivir.

Mirados desde nuestra perspectiva, los comunitaristas se semejan al indio David, en lucha con el poderoso Goliath.

Y si en el relato bíblico el pequeño pastor logró derribar al gigante con su honda manufacturada, ¿por qué en nuestros días no podría repetirse la historia y la humanidad principiar a desandar un camino que la está llevando a su autodestrucción?

Todo puede suceder.